

Un hombre caminaba por la calle cuando se cayó en un agujero. Las paredes eran tan escarpadas que no se podía salir. Pasa un médico y el hombre grita: "¡Oye, tú! ¿puedes ayudarme?" El médico le escribe una receta, y la tira por el agujero abajo y sigue su camino. Luego viene un sacerdote, y el hombre grita: "¡Padre, estoy en este hoyo! ¿puedes ayudarme?". El sacerdote le escribe una oración, y la tira por el agujero junto con una Biblia y continúa su camino. Luego pasa un amigo. "¡Hola Joe, soy yo! ¿puedes ayudarme?" Y el amigo salta en el hoyo. Este hombre le dice a su amigo: "¿Estás loco? ¡Ahora los dos estaremos aquí abajo!" El amigo le responde: "Sí, pero he estado aquí antes, y sé la salida".

La vida tiene su cuota de escollos y agujeros en los que de vez en cuando en estos nos encontramos. A veces vemos el agujero, pero muchas veces no nos damos cuenta de que hemos caído en uno de ellos, hasta que nos encontramos en el fondo mirando hacia arriba y no tener idea de cómo llegamos allí, o de cómo podemos salir de allí. Esta es la vida cotidiana de las personas que viven en los márgenes y las periferias de la sociedad. Ellos son rechazados, y se los mantienen a distancia. La sociedad les ha dado la espalda, al igual que a la mujer en nuestra Lectura del Evangelio de hoy, la cual había estado sufriendo de flujo de sangre desde hacía 12 años. Ella había gastado todo su dinero en médicos que no pudieron ayudarla, y había sido condenada al ostracismo por su propia gente porque ritualmente ella era impura de acuerdo con la ley judía. Ella ya no tenía recursos, no tenía adónde ir y con nadie a quién recurrir.

Esta es una historia común en los Evangelios: una persona en la periferia de la sociedad que lucha por sobrevivir. Está la historia del encuentro de Jesús con la mujer en el pozo de Jacob (Juan 4: 7). Ella había sido rechazada por su gente debido a su estilo de vida, y se vio obligada a sacar agua durante la parte más calurosa del día cuando nadie más estaba cerca. También está la historia de la mujer cananea (Mateo 15: 22-28), suplicando que su hija sea sanada, y le dice a Jesús que incluso los perros comen los restos que quedan debajo de la mesa. La historia del Centurión (Lucas 7: 2-10) que buscaba la curación de su sirviente. Ningún judío respetuoso de la ley hubiera estado hablando con un soldado romano, y mucho

menos de entrar a su casa. Hay dos hilos comunes en estas historias, y son: curación y fe. Todas estas personas están buscando la curación, ya sea para ellos mismos o para otros, y todos ellos llegan a tener fe en Jesús en diferentes momentos de sus encuentros con él, y tienen la esperanza de que Jesús les proporcione la curación que desesperadamente buscan. Incluso Jairo, que estaba en el centro de la sociedad judía buscó la curación de su hija, y coloca su fe en Jesús. Si bien todos tienen fe en Jesús, su fe varía. Uno necesita ver a Jesús que vaya a su casa y sane a su hija. Otra cree que simplemente tocando la ropa de Jesús ella será sanada. La intensidad de la fe del Centurión es demostrada por su convicción de que una simple palabra, pronunciada por Jesús, sanaría a su siervo.

Hay otro hilo común en estas historias: Jesús es la **fuer**te de la vida y de la curación. Como dice la Primera Lectura de hoy, "*Dios no se recrea en la destrucción de los vivientes*" (Sab 1: 13). Dios nos hizo a imagen de Su propia naturaleza, y aprendemos en la primera carta de Juan que Dios es **amor**. Jesús nos ama tanto que estaba dispuesto a convertirse en uno de nosotros, a estar desnudo e indigente en una cruz, de morir por nosotros, derramando su amor y su sanidad sobre nosotros. San Pablo les da a los Corintios este modelo de Cristo, derramando su amor sobre ellos, como un modelo de cómo deberían ellos tratarse los unos a los otros. Así como Cristo derramó su amor, misericordia y el todo de su ser por nosotros, y a su vez nosotros estamos llamados a derramar nuestro amor a los demás.

Y así, volvemos a nuestro hombre que se cayó en el hoyo. ¿Quién es este amigo que salta al hoyo con él? Ese amigo somos tú y yo. Jesús es nuestro modelo de amor a los demás, derramando el amor que está dentro de nosotros a aquellos que están en los márgenes y las periferias de la sociedad. Necesitamos ser ese amigo que derrame su amor y salte a ese agujero. Jesús saltó al hoyo con nosotros, derramando todo lo que él tenía al volverse humano y morir por nosotros. Jesús llama a cada uno de nosotros a saltar en el hoyo y ayudar a aquellos a quienes la sociedad ha dejado de lado. Como Jesús nos dijo en el Evangelio de hoy: "*No tengas miedo; ¡solamente ten fe!*" (Marcos 5:36).

Diácono Jim Goerend